

destacaron en este religioso carmelita, y que se resumen en una frase de Santa Teresa: «Le tienen por un santo, y en mi opinión lo es y lo ha sido toda su vida». Así, la biografía concluye con lo que el autor denomina «pinceladas marianas», que sirven, a su juicio, «(...) como mirilla para ver su confianza, su piedad, su amor entrañable a la Virgen».

En definitiva, nos encontramos ante una sencilla aportación sobre la vida de San Juan de la Cruz que resulta lo suficientemente amplia para tener una idea clara sobre cuál fue su aportación a la Iglesia, y al mismo tiempo lo suficientemente breve como para permitir mantener al lector en todo momento el interés por lo que fue una vida extraordinariamente fructífera.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

CENTENO GARCÍA, JOSÉ - DíEZ MAESTRO, LUIS - PÉREZ PINILLOS, JULIO, *Curas obreros* (Herder, Barcelona 2009), 340p., ISBN: 978-84-254-2622-3.

Uno de los fenómenos más llamativos de la Iglesia Católica española durante el Posconcilio fue la existencia de los llamados «curas obreros». Se trataba de sacerdotes que consideraban que su labor pastoral no podía limitarse a la actividad puramente parroquial, y que un excelente campo de evangelización era el mundo del trabajo. Más en concreto, aquellos lugares donde se concentraba la «clase trabajadora» (también llamada «la clase obrera»). Estos sacerdotes, ciertamente pequeños en número pero en algunos casos muy notables en cuanto a protagonismo (quizá el caso más paradigmático resulte el de Mariano Gamó, sacerdote de la archidiócesis de Madrid-Alcalá), protagonizaron una interesante página de nuestra historia eclesial reciente que la obra que presentamos pretende sacar a la luz.

El formato de la obra es casi tan llamativo como el tema, pues no se trata de un libro al uso en el sentido de una historia de los «curas obreros» en España, sino que los mismos protagonistas son los que relatan su experiencia vital (en casi todos los casos, salvo los «curas obreros» ya fallecidos, como es el caso del jesuita Mariano González Magada). En ese sentido, el punto de partida de este libro es el Movimiento de los Curas Obreros en España, movimiento que se constituyó hace poco más de un cuarto de siglo (concretamente, en 1983) y que, como decimos, ha servido de plataforma de reivindicación de su papel en la sociedad española. Como recuerda Luis Díez Maestro en la presentación de la obra, el objeto del libro es rememorar la vida de los «curas obreros» en España desde los años setenta hasta el momento presente, y con ello «su historia, sus temores, sufrimientos, gozos y aportaciones, y toda la riqueza humana y espiritual debido a su incorporación al mundo del trabajo, a los movimientos eclesiales y a las organizaciones obreras o sociales».

Díez Maestro estima en más de un millar el número de sacerdotes que decidieron adoptar este papel, de los cuales en este momento sólo quedan unos ciento cincuenta, la mayoría de ellos jubilados. En relación con ello, Díez Maestro se muestra muy crítico con la Conferencia Episcopal española, ya que afirma que, salvo alguna excepción, los obispos no supieron reconocer esta manera de ejercer el sacerdocio, lo que contrasta con el caso, por ejemplo, de Francia. Y él, desde esa perspectiva, quiere recordar que la presencia de estos sacerdotes en la sociedad fue «callada, sin llamar

la atención, pero fieles a su vocación». De ahí que los otros dos coordinadores del libro, José Centeno y Julio Pérez Pinillos, hayan querido aprovechar la ocasión no sólo para recordar el papel de estos «curas obreros», sino para rendir tributo al mundo obrero y a sus organizaciones («que nos sienten como de casa», dicen), así como a los movimientos y comunidades eclesiales que apoyaron y siguen apoyando la vocación de los «curas obreros».

El libro ha sido prologado por Pedro Carasa, Catedrático de Historia Contemporánea por la Universidad de Valladolid, quien califica las relaciones entre la Iglesia y la clase obrera como «siempre muy atormentadas en la historia contemporánea de España». Una falta de entendimiento que, a su juicio, se remonta al siglo XIX y a la confrontación que hubo entre catolicismo y liberalismo. Una etapa que dio como resultado una estéril dialéctica de clericalismo y anticlericalismo que, según Carasa, impidió que, por un lado, la Iglesia lograra dialogar (así como enriquecerse con la gran riqueza transformadora de la burguesía y del proletariado decimonónicos), y, por otro lado, condicionara por reacción que los movimientos sociales españoles no tuvieran una cultura social «del todo modernizada» y no se liberaran del «lastre arcaizante» del anticlericalismo. En ese sentido, este historiador ve el movimiento de los «curas obreros» como un hecho histórico, «no masivo, pero sí significativo». Dicho movimiento debe ubicarse en la amplia corriente de oposición democrática al franquismo, y constituyó en su momento un antídoto muy propicio contra el anticlericalismo de la clase obrera que venía desde principios del siglo XX.

A partir de ahí se inician los diversos testimonios de estos «curas obreros», hasta abarcar un total de tres decenas de relatos. Relatos de sacerdotes tanto pertenecientes al clero diocesano o secular (la mayoría) como al regular. Dentro de los religiosos, los más numerosos son, con diferencia, los jesuitas, como Alberto Guerrero (Valencia), Benito Santos (Vigo, Pontevedra), Isidro Ferreté (Badalona, Barcelona), Mariano González Magada (Cartagena (Murcia), ya fallecido) o Ramiro Pampols (L'Hospitalet de Llobregat, Barcelona), aunque también hay, por ejemplo, salesianos, como Demetrio Orte (Valencia), e incluso un representante de los Canónigos Regulares de Letrán (una orden de sacerdotes al servicio de las diócesis en el ministerio parroquial y cuyas constituciones están inspiradas en la Regla de San Agustín y aprobadas jurídicamente en el Concilio de Letrán en 1050, hablamos de José Luis Lazcanoiturburu (Valencia). Respecto a las profesiones, se encuentra de todo: peones de la construcción, jornaleros, mecánicos, enfermeros, mozos de almacén, etc. En ese sentido, un buen grupo de ellos optaron por marchar al Tercer Mundo, donde consideraban que estaba el lugar donde más necesarios podrían ser.

Algunos, como José Tornel (apodado «Pepe, el cura», murciano), en realidad no optaron por acercarse a la clase obrera, sino que pertenecían a ésta: como se dice en la introducción biográfica, «lo que hizo fue no desclasarse del mundo en que nació». Muchos de ellos procedían del mundo rural, como era el caso de uno de los tres coordinadores del libro y también «cura obrero», Julio Pérez Pinillos, quien vino al mundo en un pueblo de los valles del Cerrato (Palencia, él se autocalifica de «sacerdote rural de carácter contemplativo»). También del mundo rural es otro de los coordinadores, Luis Díez Maestro, nacido en Padilla de Abajo (Burgos) y conocido bajo el apodo de «Fonta». Por otra parte, algunos eran hijos del bando derrotado en la Guerra Civil española (el republicano), como es el caso de Laureano Molina (Albalate del Arzo-

bispo, Teruel), quien relata con evidente sentido del humor que el curso del Seminario de Zaragoza al que él pertenecía dio no sólo sacerdotes, sino también «escritores, músicos, profesores, trabajadores, comunistas, y un cura guerrillero en Colombia como fue Domingo Laín Sanz». El tiempo había curado las heridas y Molina, hijo de un republicano, se hizo sacerdote porque, aunque la Iglesia apoyaba al Régimen de Franco, en su pueblo el que más se entregaba al servicio de los demás era el cura, y por eso decidió hacerse sacerdote.

A nuestro juicio, el testimonio más interesante y enriquecedor es el de Mariano Gamo, un castellano-manchego de origen (había nacido en Tamajón, Gualajara) que pasó de ser un sacerdote especialmente apreciado por Don Leopoldo Eijo y Garay (el llamado «Patriarca de las Indias») a tener numerosos encontronazos con el sucesor de éste, Don Casimiro Morcillo. En realidad, la biografía de Gamo resulta francamente representativa de lo que fue la Iglesia durante el franquismo, pues no sólo fue «cura obrero», sino que estuvo preso en la «cárcel concordataria» de Zamora, fue un destacado representante de la *Organización Revolucionaria de Trabajadores* (ORT, con la que concurrió a las elecciones generales de 1977 sin lograr escaño), salió del organigrama eclesial (aunque ha seguido ejerciendo el sacerdocio de la mano su íntimo amigo Carlos Jiménez de Parga, en la parroquia del humilde barrio de Palomeras en Madrid) e incluso ha sido enfermero y diputado por *Izquierda Unida* en la Asamblea de Madrid.

Un apartado especialmente interesante (del que ya hemos dicho algunas cosas, aunque abundaremos en ello) es el que se refiere a las diferentes reacciones de los obispos cuando cada uno de estos sacerdotes comunicaba a su prelado correspondiente que quería ser «cura obrero». Laureano Molina, por ejemplo, se muestra muy duro con el suyo, Pedro Cantero Cuadrado (Arzobispo de Zaragoza), a quien reprochaba, entre otras cosas, su participación en las diferentes instituciones políticas del franquismo (Consejo del Reino, Consejo de Regencia, Cortes Orgánicas). Otros, como es el caso de Ramón Buxarrais (Obispo de Zamora y luego de Málaga, hasta que en 1991, con 62 años, decidió renunciar a su ministerio episcopal para dedicarse en Melilla a los ancianos y a los presos), no sólo aceptaron de buen grado la existencia en su diócesis de «curas obreros», sino que incluso decidió acogerlos y les animó a que concretaran su proyecto en una barriada obrera de la periferia de Málaga. Algunos casos resultan llamativos, como es el de Don Pablo Gúrpide, Obispo de Bilbao. Sus últimos meses de vida se caracterizaron por la incomprensión de una parte muy importante de su clero, que primero decidió encerrarse en las oficinas del obispado y luego lo hizo en el Seminario de Derio (hablamos del año 1968). Dicho clero le acusaba de ser un «amigo del franquismo», pero Pedro Solabarría («Periko», un sacerdote que decidió ejercer como peón de la construcción en Baracaldo, Vizcaya), recuerda que Gúrpide le permitió, primero, trabajar como peón durante media jornada, y, después, cuando optó por hacerlo a tiempo completo, como relata él mismo, «Gúrpide calló y su silencio fue una aprobación».

La obra concluye con un relato del *XIV Encuentro de Curas Obreros*, que tuvo lugar en Madrid en junio de 2008, y con un epílogo a cargo de Julio Lois, Catedrático emérito del Instituto Superior de Pastoral de Madrid (Universidad Pontificia de Salamanca). Dice Lois que «esa dimensión revulsiva que tuvo el movimientos de los Curas Obreros», particularmente durante las dos primeras décadas de su existencia, debe

ser recuperada y renovada, al tiempo que considera que el movimiento de los «curas obreros» supuso todo un testimonio «de la bondad de la fe cristiana que se expresa en solidaridad con el mundo obrero».

Lo que parece difícilmente discutible es la originalidad de este movimiento y lo positivo que resultó a la hora de propiciar el acercamiento de la Iglesia al mundo obrero. Más allá de las legítimas discrepancias ideológicas y de las divergencias sobre el papel del sacerdote de la sociedad, lo que la obra viene a reconocer es el esfuerzo colectivo de un amplio grupo de presbíteros que no quiso conformarse con la labor pastoral que desempeñaban, y que por ello decidió apostar por una nueva figura (el llamado «cura obrero») que, gracias a este libro, nos resulta ahora mucho más cercana y más fácilmente comprensible.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

GIMÉNEZ LÓPEZ, ENRIQUE, *Misión en Roma. Floridablanca y la extinción de los jesuitas* (Universidad de Murcia, Murcia 2008), 301p., ISBN: 978-84-8371-802-5.

Desde hace más de una década, Enrique Giménez López, Catedrático de Historia Moderna por la Universidad de Alicante, dirige un grupo de investigación centrado en la *Compañía de Jesús* durante la Edad Moderna y, más en concreto, en la controvertida expulsión de éstos acaecida en el año 1767 y su posterior disolución en 1773. Fruto de ello son varios libros, entre los que cabe destacar *Expulsión y exilio de los jesuitas españoles* (Universidad de Alicante, 1997), dirigido por el propio Enrique Giménez López, y *En el tercero perecerán. Gloria, caída y exilio de los jesuitas españoles en el siglo XVIII* (Universidad de Alicante, 2002). También Giménez López ha sido el editor literario del libro del Padre José Francisco de Isla *Historia de la expulsión de los jesuitas. Memorial de las cuatro provincias de España de la Compañía de Jesús destruidas del Reino de S.M. el Rey Don Carlos III* (Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante 1999), lo que, junto con los trabajos de investigación que ha dirigido, le han convertido en persona de referencia en el tema.

El libro que hoy se nos presenta ahonda en los detalles, no de la expulsión de 1767, sino de la disolución de 1773, cuestión para la que el monarca Carlos III envió en marzo de 1772 a don José Moñino y Redondo como Embajador ante la Santa Sede. Murciano de nacimiento, este político español lograría que la disolución de la *Compañía de Jesús* le catapultara no sólo hacia lo más alto de la política española, sino también que le permitiera ingresar en la aristocracia española, ya que Carlos III le concedería el título de Conde de Floridablanca, con el que es comúnmente conocido.

Para llevar a cabo la investigación, Giménez López ha estudiado toda la correspondencia entre la histórica legación diplomática de Roma y los diferentes entes con los que hubo de trabajar, entre los que destacan de manera especial la monarquía española y la Santa Sede. También se adjunta una interesante bibliografía, entre las que destacan títulos fundamentalmente españoles, italianos y franceses, que permiten ilustrar y enriquecer la obra en su conjunto.

Quizá lo que más se agradece es el estilo ameno que utiliza Giménez López, quien hace lo posible por mantener en todo momento la tensión del relato. Relato que se